

Epitafio para Fernando Sánchez Dragó

Román García Fernández

No me alegro de la muerte de Sánchez Dragó pues, aunque no comparto la lapidaria estupidez de John Donne de «La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad», sólo debemos alegrarnos de la muerte de los genocidas y de aquellas personas que no pertenecen a la especie humana. En ese sentido Fernando Sánchez Dragó era un hombre, lejos de los halagos de la «España bien pensante», un simple hombre cegado por su vanidad, la misma que utilizaba con sus contertulios.

No deja de escandalizarme como la derecha sociológica intenta hacer presentable lo impresentable por el hecho de ser uno de los suyos. Conocí a Sánchez Dragó en Aldealices, con motivo de un acto social, en el que él no se relacionaba con la gente del pueblo, aunque asistía. Se puede comparar a Sánchez Dragó con Unamuno, como muy bien señalaba Pedro J. Ramírez; alguien que escribe bien, no entiende de política y tiene conciencia de que está por encima de los demás para juzgarles y señalar lo que deben de hacer. Alguien que vive de la ignorancia del resto y transforma la moral imperante en beneficio propio al desentrañarla. Dragó, junto con Savater, cada uno a su manera, han vivido de la política, haciendo de intelectuales del régimen. Ambos se caracterizan por su buena prosa a falta de un pensamiento original. Por su parte, Sánchez Dragó accedió a la fama con su obra *Gárgoris y Habidis* (1978), una versión de una historia de España ya ensayada.

Yo siempre quise ser Sánchez Dragó desde que me enteré de que era agregado de cultura en la Embajada de Tailandia y emitía desde Madrid todas las semanas un programa cultural. Posiblemente su designación al cargo sólo puede ser explicada por Valle Inclán como reflejo de su personaje Max Estrella más que por Unamuno.



No me alegro, pero no comulgo con ruedas de molino. Alguien que defiende la moral tradicional, con bacanales y budismo con cordero como el de Aldealices, y al tiempo un claro antisemitismo —como si el judaísmo no fuese también una tradición—, no parece ser el ejemplo de coherencia que reclamaba para otros. Se trata de la falacia del llamado tradicionalismo que defienden los sectores de la «nueva derecha» y que nosotros preferimos denominar con el término más tradicional de «filosofía perenne». Sostener que la tradición es criterio de algo es, por una parte, justificar todo lo que el hombre hace y, por otra, dar por supuesto que sólo existe una tradición, sin posibilidad de establecer un criterio frente a otras tradiciones, bien sean propias o extrañas. En definitiva, se trata de una posición que debería negar el movimiento de la Tierra.

Sánchez Dragó se enmarca dentro de lo que podemos considerar el movimiento sofístico, o incluso literario que considera que todo lo que consta de sujeto y predicado es válido. Sin embargo, su opción por la retórica no es puramente estilística.

Formaba parte, aunque él no lo era, de una generación antifranquista de hijos del régimen que abrazando el marxismo comenzó muy pronto a distanciarse para hacer caja, engrosando la pléyade de izquierdistas arrepentidos que, lejos de realizar una revisión crítica de un marxismo obsoleto, utilizaron su pasado para validar su posición en un país controlado por la derecha postfranquista. Sus remedios, lejos de la oratoria florida de la que hacía gala, son como su Shangri-la de la eterna juventud: demencial combinación de medicamentos y remedios naturales que seguramente producen la muerte y cuyo fin último simplemente consistía en trincar. Aplicando lo que el mismo señalaba continuamente: este es el desierto intelectual español.